

«El músico nace, pero no se hace» es un dicho popular que manifiesta la poca o ninguna influencia que tiene la educación para el desarrollo de nuestras capacidades. El hombre vicioso o malo se mostrará casi siempre tal como es, obedecerá a sus impulsos y a sus caracteres sea cual fuere el esfuerzo que despliegue su esposa para corregirlo. ¡Cuántas mujeres virtuosas y tiernas han visto con dolor reflejarse en sus inocentes hijos los vicios irremediabiles de sus padres!

Si aspiramos a constituir una familia sana, robusta, fuerte, elevada de espíritu y de buen fondo moral, debemos prestar a esta cuestión eugenésica la atención que ella merece. Hay que estudiar los caracteres, las virtudes, los defectos o los vicios de las familias con quienes tratamos de unirnos, y escoger si fuere posible los caracteres más nobles y los más contrarios a nuestras debilidades peculiares. Los individuos que traen herencia alcohólica buscarán familias cuya historia genealógica se distinga por la temperancia; los débiles buscarán elementos robustos y fuertes; los de mentalidad deficiente escogerán elementos de elevada potencia intelectual; las personas de carácter iracundo necesitan unirse a las de carácter y modales benignos. Las personas imposibilitadas, los imbeciles, los enfermos, los viciosos, los que tienen alguna tara capaz de afectar a los hijos deberían voluntariamente renunciar al matrimonio. En cambio, es preciso estimular a reproducirse a los fuertes, los sanos, los buenos y los espíritus superiores.

Son incapacitadas para el matrimonio todas las personas atacadas de enfermedades infecciosas directamente transmisibles o que de algún modo disminuyan la resistencia vital; tales serían los leprosos, tuberculosos, epilépticos, sífilíticos, anquilostomiáticos, locos, idiotas; los atacados de alcoholismo crónico; los criminales y los que puedan perpetuar sus defectos físicos como los sordo-mudos, los cretinos, etcétera. Tan inhumano es causar directamente sufrimientos a cualquiera de nuestros semejantes como procrear, a sabiendas, seres destinados a sufrir las consecuencias de las enfermedades o de los vicios nuestros.

La sífilis y el alcoholismo se transmiten por herencia indefinida y son causa de la degeneración de la especie. No son pocas las víctimas con que aumentan esas dos enfermedades nuestra mortalidad infantil; las estadísticas acusan un número crecido de niños nacidos muertos, niños nacidos prematuramente, niños deformes y mal nutridos. Por consiguiente, combatir la sífilis y el alcoholismo es disminuir en mucho la mortalidad infantil y mejorar en parte nuestra raza.

Ningún sífilítico debiera contraer matrimonio antes de haber sido metódicamente tratado y evidentemente curado.

LA ANQUILOSTOMIASIS (véase Capítulo XV) es otra causa directa de la mortalidad infantil. Los padres débiles y anémicos por la acción funesta del parásito productor de la enfermedad, darán a la vida hijos enfermos a quienes espera una muerte prematura.

Debería obstaculizarse el matrimonio entre personas demasiado jóvenes o demasiado viejas y los matrimonios consanguíneos.

Las estadísticas comprueban que los matrimonios consanguíneos producen un mayor contingente de imbeciles y sordo-mudos. En nuestra especie la vitalidad disminuye por tales uniones, como disminuye por la misma causa en los animales y las plantas. Una de las causas de la mortalidad de los pollos es la consanguinidad de los reproductores. En los cerdos, el poder de reproducirse se extingue por varias uniones consanguíneas. En el reino vegetal es un hecho bien comprobado que las semillas dan individuos más vigorosos sin son producidos por fecundación distante, que si hubo autofecundación. Por este motivo la Naturaleza ha dispuesto, por los más variados medios (viento, insectos, etc), que la fecundación sea siempre distante. Entre los seres racionales, cuánto más diferente sea la sangre de los consortes, más bien dotada y fuerte será su progenie, con tal de evitar al propio tiempo el *hibridismo*, o sea la unión de razas muy diversas.

Un conocimiento profundo de los problemas relacionados con la Eugenesia tendrá necesariamente que modificar los sistemas de educación adoptados hasta ahora, por los padres y maestros, con nuestros niños. Cualquiera empeño en corregir violentamente lo que llamamos un mal hábito, si éste es atribuible a la herencia, resultará infructuoso. El castigo, la exclusión de la casa paterna y tantas otras medidas violentas aplicadas a un pobre hijo alcohólico que no tiene la culpa de haber heredado de sus antecesores el hábito de la bebida, no hacen otra cosa que empeorar su mísera condición. En estos casos más provecho se obtiene, tratando de despertar la naturaleza superior de los niños, por medio de un buen ambiente, el buen ejemplo y el cariño. No debemos olvidar que muchas de las tendencias viciosas de nuestros niños, deben ser consideradas como enfermedades hereditarias, de las que somos nosotros más o menos responsables, y que a tales niños, no hay que castigarlos sino curarlos, hasta donde ello sea posible.

La cuna

¡Ya encendimos la antorcha!

Hoy, ya junto a la cuna, la voz me tiembla
[toda
y me nace el escrúpulo de estar violando un
[rito...

Me acuerdo, sin quererlo, de esa noche de
[boda,
de un cielo azul de luna y de un beso infinito.

Estábamos unidos, bajo el espacio eterno,
como hoy, pero una dulce ternura nos faltaba:
el amor de ser padre que hace al hombre
[más tierno

y a la esposa la vuelve leal como una esclava!

El cielo, como ahora, se abría inmensamente
pero estaba, esa noche, tan cubierto de
[estrellas!

No tenía este grave temblor amaneciente,
como de mar lejano o de palabras bellas...

¿Te acuerdas? El perfume de la sombra
[sonora
nos envolvía entonces como hoy, y sin
[embargo

no sé qué nos faltaba... Quizá el sabor amargo
y dulce de las lágrimas que hacen bueno al
[que llora...

Las cosas nos rodeaban con un ardor malsano
y el porvenir estaba como lleno de errores...
¡Ibamos a querernos!... Pero estaba tu mano
tan cerca de la rama, que secaba las flores...

Hoy, ya junto a la cuna, nos une un ansia
[quieta;
pensamos: ¿si ha de sernos cruel el que
[esperamos?

Y tú: «¡Que sea bueno! ¡Lo he soñado
[poeta!»

Y yo: «¡Que sea bella! ¡Yo la he visto entre
[ramos!»

¡Qué importa lo que fuimos y lo que fué esa
[llama
de amor y aquella noche que agitamos al
[viento!

¿Lo ves? Junto a la cuna ya no sé si te ama
mi corazón henchido de tu presentimiento.

Lo que amamos ahora, es, en un ser diverso,
el mismo afán eterno de continuar la vida...
¡Ya encendimos la antorcha, la antorcha
[inextinguida!

¡Y ahora, que crepita, con sus llamas, el
[verso!

JAIME TORRES BODET
(Mexicano)

(Del próximo tomo *La Casa*)

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443